

Ateneo

1.-El Imperio del consumo

Por: Eduardo Galeano

2.- Partidos del Té y Miedo del Futuro Mumía Abú-Jamal

3.-Ilustrados y salvajes en América Latina

**Por Jorge
Majfud**

4.-.-Es legítima la resistencia ante el tirano

Por José Carlos Garcia Fajardo

1.-El Imperio del consumo

Por: Eduardo Galeano

La explosión del consumo en el mundo actual mete más ruido que todas las guerras y arma más alboroto que todos los carnavales. Como dice un viejo proverbio turco, quien bebe a cuenta, se emborracha el doble.

La parranda aturde y nubla la mirada; esta gran borrachera universal parece no tener límites en el tiempo ni en el espacio. Pero la cultura de consumo suena mucho, como el tambor, porque está vacía; y a la hora de la verdad, cuando el estrépito cesa y se acaba la fiesta, el borracho despierta, solo, acompañado por su sombra y por los platos rotos que debe pagar.

La expansión de la demanda choca con las fronteras que le impone el mismo sistema que la genera. El sistema necesita mercados cada vez más abiertos y más amplios, como los pulmones necesitan el aire, y a la vez necesita que anden por los suelos, como andan, los precios de las materias primas y de la fuerza humana de trabajo. El sistema habla en nombre de todos, a todos dirige sus imperiosas órdenes de consumo, entre todos difunde la fiebre compradora; pero ni modo: para casi todos esta aventura comienza y termina en la pantalla del televisor. La mayoría, que se endeuda para tener cosas, termina teniendo nada más que deudas para pagar deudas que generan nuevas deudas, y acaba consumiendo fantasías que a veces materializa delinquiendo.

El derecho al derroche, privilegio de pocos, dice ser la libertad de todos. Dime cuánto consumes y te diré cuánto vales. Esta civilización no deja dormir a las flores, ni a las gallinas, ni a la gente. En los invernaderos, las flores están sometidas a luz continua, para que crezcan más rápido. En las fábricas de huevos, las gallinas también tienen prohibida la noche. Y la gente está condenada al insomnio, por la ansiedad de comprar y la angustia de pagar. Este modo de vida no es muy bueno para la gente, pero es muy bueno para la industria farmacéutica.

EEUU consume la mitad de los sedantes, ansiolíticos y demás drogas químicas que se venden legalmente en el mundo, y más de la mitad de las drogas prohibidas que se venden ilegalmente, lo que no es moco de pavo si se tiene en cuenta que EEUU apenas suma el cinco por ciento de la población mundial.

«Gente infeliz, la que vive comparándose», lamenta una mujer en el barrio del Buceo, en Montevideo. El dolor de ya no ser, que otrora cantara el tango, ha dejado paso a la vergüenza de no tener. Un hombre pobre es un pobre hombre. «Cuando no tenés nada, pensás que no valés nada», dice un muchacho en el barrio Villa Fiorito, de Buenos Aires. Y otro comprueba, en la ciudad dominicana de San Francisco de Macorís: «Mis hermanos trabajan para las marcas. Viven comprando etiquetas, y viven sudando la gota gorda para pagar las cuotas».

Invisible violencia del mercado: la diversidad es enemiga de la

rentabilidad, y la uniformidad manda. La producción en serie, en escala gigantesca, impone en todas partes sus obligatorias pautas de consumo.

Esta dictadura de la uniformización obligatoria es más devastadora que cualquier dictadura del partido único: impone, en el mundo entero, un modo de vida que reproduce a los seres humanos como fotocopias del consumidor ejemplar.

El consumidor ejemplar es el hombre quieto. Esta civilización, que confunde la cantidad con la calidad, confunde la gordura con la buena alimentación. Según la revista científica *The Lancet*, en la última década la «obesidad severa» ha crecido casi un 30 % entre la población joven de los países más desarrollados. Entre los niños norteamericanos, la obesidad aumentó en un 40% en los últimos dieciséis años, según la investigación reciente del Centro de Ciencias de la Salud de la Universidad de Colorado.

El país que inventó las comidas y bebidas light, los diet food y los alimentos fat free, tiene la mayor cantidad de gordos del mundo. El consumidor ejemplar sólo se baja del automóvil para trabajar y para mirar televisión. Sentado ante la pantalla chica, pasa cuatro horas diarias devorando comida de plástico.

Triunfa la basura disfrazada de comida: esta industria está conquistando los paladares del mundo y está haciendo trizas las tradiciones de la cocina local. Las costumbres del buen comer, que vienen de lejos, tienen, en algunos países, miles de años de refinamiento y diversidad, y son un patrimonio colectivo que de alguna manera está en los fogones de todos y no sólo en la mesa de los ricos. Esas tradiciones, esas señas de identidad cultural, esas fiestas de la vida, están siendo apabulladas, de manera fulminante, por la imposición del saber químico y único: la globalización de la hamburguesa, la dictadura de la fast food. La plastificación de la comida en escala mundial, obra de McDonald's, Burger King y otras fábricas, viola exitosamente el derecho a la autodeterminación de la cocina: sagrado derecho, porque en la boca tiene el alma una de sus puertas.

El campeonato mundial de fútbol del 98 nos confirmó, entre otras cosas,

que la tarjeta MasterCard tonifica los músculos, que la Coca-Cola brinda eterna juventud y que el menú de McDonald's no puede faltar en la barriga de un buen atleta. El inmenso ejército de McDonald's dispara hamburguesas a las bocas de los niños y de los adultos en el planeta entero. El doble arco de esa M sirvió de estandarte, durante la reciente conquista de los países del Este de Europa. Las colas ante el McDonald's de Moscú, inaugurado en 1990 con bombos y platillos, simbolizaron la victoria de Occidente con tanta elocuencia como el desmoronamiento del Muro de Berlín.

Un signo de los tiempos: esta empresa, que encarna las virtudes del mundo libre, niega a sus empleados la libertad de afiliarse a ningún sindicato. McDonald's viola, así, un derecho legalmente consagrado en los muchos países donde opera. En 1997, algunos trabajadores, miembros de eso que la empresa llama la Macfamilia, intentaron sindicalizarse en un restorán de Montreal en Canadá: el restorán cerró. Pero en el 98, otros empleados de McDonald's, en una pequeña ciudad cercana a Vancouver, lograron esa conquista, digna de la Guía Guinness.

Las masas consumidoras reciben órdenes en un idioma universal: la publicidad ha logrado lo que el esperanto quiso y no pudo. Cualquiera entiende, en cualquier lugar, los mensajes que el televisor transmite. En el último cuarto de siglo, los gastos de publicidad se han duplicado en el mundo. Gracias a ellos, los niños pobres toman cada vez más Coca-Cola y cada vez menos leche, y el tiempo de ocio se va haciendo tiempo de consumo obligatorio. Tiempo libre, tiempo prisionero: las casas muy pobres no tienen cama, pero tienen televisor, y el televisor tiene la palabra.

Comprado a plazos, ese animalito prueba la vocación democrática del progreso: a nadie escucha, pero habla para todos. Pobres y ricos conocen, así, las virtudes de los automóviles último modelo, y pobres y ricos se enteran de las ventajosas tasas de interés que tal o cual banco ofrece.

Los expertos saben convertir a las mercancías en mágicos conjuntos contra la soledad. Las cosas tienen atributos humanos: acarician, acompañan, comprenden, ayudan, el perfume te besa y el auto es el amigo que nunca falla. La cultura del consumo ha hecho de la soledad el más lucrativo de los mercados. Los agujeros del pecho se llenan atiborrándolos de cosas, o soñando con hacerlo. Y las cosas no solamente pueden abrazar: ellas

también pueden ser símbolos de ascenso social, salvoconductos para atravesar las aduanas de la sociedad de clases, llaves que abren las puertas prohibidas. Cuanto más exclusivas, mejor: las cosas te eligen y te salvan del anonimato multitudinario. La publicidad no informa sobre el producto que vende, o rara vez lo hace. Eso es lo de menos. Su función primordial consiste en compensar frustraciones y alimentar fantasías: ¿En quién quiere usted convertirse comprando esta loción de afeitar?

El criminólogo Anthony Platt ha observado que los delitos de la calle no son solamente fruto de la pobreza extrema. También son fruto de la ética individualista. La obsesión social del éxito, dice Platt, incide decisivamente sobre la apropiación ilegal de las cosas. Yo siempre he escuchado decir que el dinero no produce la felicidad; pero cualquier televidente pobre tiene motivos de sobra para creer que el dinero produce algo tan parecido, que la diferencia es asunto de especialistas.

Según el historiador Eric Hobsbawm, el siglo XX puso fin a siete mil años de vida humana centrada en la agricultura desde que aparecieron los primeros cultivos, a fines del paleolítico. La población mundial se urbaniza, los campesinos se hacen ciudadanos. En América Latina tenemos campos sin nadie y enormes hormigueros urbanos: las mayores ciudades del mundo, y las más injustas. Expulsados por la agricultura moderna de exportación, y por la erosión de sus tierras, los campesinos invaden los suburbios. Ellos creen que Dios está en todas partes, pero por experiencia saben que atiende en las grandes urbes. Las ciudades prometen trabajo, prosperidad, un porvenir para los hijos. En los campos, los esperadores miran pasar la vida, y mueren bostezando; en las ciudades, la vida ocurre, y llama. Hacinados en tugurios, lo primero que descubren los recién llegados es que el trabajo falta y los brazos sobran, que nada es gratis y que los más caros artículos de lujo son el aire y el silencio.

Mientras nacía el siglo XIV, fray Giordano da Rivalto pronunció en Florencia un elogio de las ciudades. Dijo que las ciudades crecían «porque la gente tiene el gusto de juntarse». Juntarse, encontrarse. Ahora, ¿quién se encuentra con quién? ¿Se encuentra la esperanza con la realidad? El deseo, ¿se encuentra con el mundo? Y la gente, ¿se encuentra con la gente? Si las relaciones humanas han sido reducidas a relaciones entre cosas, ¿cuánta gente se encuentra con las cosas?

El mundo entero tiende a convertirse en una gran pantalla de televisión,

donde las cosas se miran pero no se tocan. Las mercancías en oferta invaden y privatizan los espacios públicos. Las estaciones de autobuses y de trenes, que hasta hace poco eran espacios de encuentro entre personas, se están convirtiendo ahora en espacios de exhibición comercial.

El shopping center, o shopping mall, vidriera de todas las vidrieras, impone su presencia avasallante. Las multitudes acuden, en peregrinación, a este templo mayor de las misas del consumo. La mayoría de los devotos contempla, en éxtasis, las cosas que sus bolsillos no pueden pagar, mientras la minoría compradora se somete al bombardeo de la oferta incesante y extenuante. El gentío, que sube y baja por las escaleras mecánicas, viaja por el mundo: los maniquíes visten como en Milán o París y las máquinas suenan como en Chicago, y para ver y oír no es preciso pagar pasaje. Los turistas venidos de los pueblos del interior, o de las ciudades que aún no han merecido estas bendiciones de la felicidad moderna, posan para la foto, al pie de las marcas internacionales más famosas, como antes posaban al pie de la estatua del prócer en la plaza.

Beatriz Solano ha observado que los habitantes de los barrios suburbanos acuden al center, al shopping center, como antes acudían al centro. El tradicional paseo del fin de semana al centro de la ciudad, tiende a ser sustituido por la excursión a estos centros urbanos. Lavados y planchados y peinados, vestidos con sus mejores galas, los visitantes vienen a una fiesta donde no son convidados, pero pueden ser mirones. Familias enteras emprenden el viaje en la cápsula espacial que recorre el universo del consumo, donde la estética del mercado ha diseñado un paisaje alucinante de modelos, marcas y etiquetas.

La cultura del consumo, cultura de lo efímero, condena todo al desuso mediático. Todo cambia al ritmo vertiginoso de la moda, puesta al servicio de la necesidad de vender. Las cosas envejecen en un parpadeo, para ser reemplazadas por otras cosas de vida fugaz. Hoy que lo único que permanece es la inseguridad, las mercancías, fabricadas para no durar, resultan tan volátiles como el capital que las financia y el trabajo que las genera. El dinero vuela a la velocidad de la luz: ayer estaba allá, hoy está aquí, mañana quién sabe, y todo trabajador es un desempleado en potencia.

Paradójicamente, los shoppings centers, reinos de la fugacidad, ofrecen la más exitosa ilusión de seguridad. Ellos resisten fuera del tiempo, sin edad y sin raíz, sin noche y sin día y sin memoria, y existen fuera del

espacio, más allá de las turbulencias de la peligrosa realidad del mundo.

Los dueños del mundo usan al mundo como si fuera descartable: una mercancía de vida efímera, que se agota como se agotan, a poco de nacer, las imágenes que dispara la ametralladora de la televisión y las modas y los ídolos que la publicidad lanza, sin tregua, al mercado. Pero, ¿a qué otro mundo vamos a mudarnos? ¿Estamos todos obligados a creernos el cuento de que Dios ha vendido el planeta a unas cuantas empresas, porque estando de mal humor decidió privatizar el universo? La sociedad de consumo es una trampa cazabobos. Los que tienen la manija simulan ignorarlo, pero cualquiera que tenga ojos en la cara puede ver que la gran mayoría de la gente consume poco, poquito y nada necesariamente, para garantizar la existencia de la poca naturaleza que nos queda. La injusticia social no es un error a corregir, ni un defecto a superar: es una necesidad esencial.

No hay naturaleza capaz de alimentar a un shopping center del tamaño del planeta.

2.- Partidos del Té y Miedo del Futuro

Mumía Abú-Jamal

Cada evento en una sociedad tiene por lo menos dos lados: el lado que se ve, y el lado que no se ve.

Generalmente, el lado que se ve es simplemente el que coincide con lo que nos dicen los medios de comunicación, una forma perversa de teatro en las sombras, en el que los medios, por su decisión de lo que van a reportar y lo que van a ignorar, escriben el guión de la realidad social.

Todos vimos éso hace unos años durante la carrera a la Guerra contra Irak, donde el gobierno, usando todas las herramientas a su disposición, mobilizó a los medios para hacer que la Guerra de Irak parezca inevitable --y en verdad, hicieron que lo ilógico parezca lógico.

Según algunos reportajes publicados, el líder irakí, Saddam Hussein, no creyó que Estados Unidos fuera en verdad a invadir Irak hasta que la bombas empezaron a llover, porque él --hombre lógico, después de todo-- jamás pudo aceptar que los norteamericanos fueran tan tontos.

Como Usted recuerda, Estados Unidos armó los ejércitos de Saddam en la catastrófica guerra entre Irak e Irán, en la que murieron cerca de un millón de personas. Saddam sabía bién que una invasión de Estados Unidos debilitaría terriblemente a Irak, y haría considerablemente más fuerte a Irán.

Eso, razonaba él, no tiene sentido desde el punto de vista de los intereses de los Estados Unidos.

Como el tiempo nos ha enseñado, los gobiernos pueden ser tontos, llevados a locuras de guerra por fuerzas electorales y de clase.

Los grupos de los Partidos del Té son tales fuerzas electorales. Son grupos que buscan volver a un pasado que hoy parece más brillante que el que lo fué en esos tiempos.

Ellos quieren los ingresos que hacían posible un estilo de vida cada vez mejor para millones, hasta que los políticos los traicionaron con los Tratados de Libre Comercio, NAFTA, y otros pactos parecidos, que hicieron que los trabajos de manufactura se vayan para siempre de los Estados Unidos.

Ellos quieren la seguridad económica por la que sus abuelos lucharon hasta conseguirla, pero no quieren los sindicatos que hacen posible tal seguridad.

En esencia, ellos quieren el ayer, sin las luchas que moldearon esos días.

Quieren la supremacía de los blancos (con unos cuantos de color como fachada), que se hable solo inglés (otra vez, olvidando las muchas lenguas que hablaron sus abuelos), y la eterna guerra contra el amenazante Otro, de piel oscura, (Musulmán, Chino, Negro, Mexicano, Venezolano, etc..)

¿No es irónico que escogieron la imagen histórica, El Partido de Té de Boston, cuando los bostonianos se vistieron de nativos para sabotear, destruir y tirar al mar cargamentos británicos de té, para protestar los impuestos? Siempre me he preguntado, ¿porqué se vistieron como nativos?

¿Porqué no usaron simplemente máscaras?

¿Porqué no usaron su propia vestimenta -- o sus propios rostros -- a menos que temieran la reacción represiva del Ejército Británico?

¿Porqué vestirse como nativos, a menos que ellos trataban de provocar un ataque de los ingleses y los colonistas de Boston contra las vecinas naciones nativas?

El Partido de Té de Boston siempre me ha sonado como una acción de gente arrastrada por el miedo.

Quizás sea adecuado que esa imagen histórica aparezca en estos días.

Porque, sobre todo, ellos temen una de las constantes del universo: El Cambio.

3.- [Ilustrados y salvajes en América Latina](#)

Por Jorge Majfud

Ángel Rama nos recordó algo que es básico en cualquier antropología: las represiones son componentes obligados en cualquier cultura (Transculturación). En el caso latinoamericano, por razones históricas, éste factor ha sido fundamental y quizás definitorio.

La Conquista, con su violencia bélica y su violencia moral asentada en el complejo de superioridad de la cultura europea se perpetuó en el rechazo público y sistemático de la clase criolla dominante en las nuevas repúblicas del siglo XIX hacia todo lo amerindio. En literatura, el romanticismo que sirvió como forma de legitimación intelectual del nuevo proceso de consolidación de las nuevas repúblicas con su desesperada búsqueda de identidades definidas, fue otro trasplante de la cultura ilustrada de Europa. Desde el romanticismo de la primera mitad del siglo XIX en el Río de la Plata hasta el de la segunda mitad en la región andina, se trató de una nueva superposición cultural, más que una transculturación o, menos, una recuperación de la cultura vernácula, popular. Ángel Rama recuerda que, “sea cual fuere la valoración que se asigne a la obra de Ricardo Palma, cuya

rehabilitación fue abierta por el propio Mariátegui haciendo de él un intérprete del demos limeño, no hay duda de que en 1872, la ‘tradición peruana’ es una solución estética epigonal que todavía se abastece de la literatura española romántica cuando no de los maestros del Siglo de Oro”.

Una y otra vez estamos ante el divorcio y la represión de una de las partes sobre la otra: la “ciudad letrada”, la clase alta y su cultura ilustrada, sobre la mayoritaria sociedad oral de una cultura popular que no podía estar muerta sino ignorada o despreciada por aquella.

No será hasta mediado del siglo XX que este signo se revertirá. Las culturas y las razas antes despreciadas se volverán centro de reivindicación. Hernán Cortés, Domingo F. Sarmiento y el indigenismo del siglo XX podrían considerarse representantes de esos tres momentos. El mismo Ángel Rama define cuatro apariciones del indio como tema en la literatura latinoamericana: (1) en la literatura misionera de la Conquista; (2) en la literatura crítica de la burguesía mercantil del período revolucionario; (3) en el romanticismo como lamentación por su destrucción; y (4) “en pleno siglo XX, bajo la forma de una demanda que presentaba un nuevo sector social, procedente de los bajos estratos de la clase media, blanca o mestiza. Inútil subrayar que en ninguna de esas oportunidades habló el indio, sino que hablaron en su nombre”.

Tampoco el público consumidor de esta literatura fue el pueblo iletrado, lo cual no sólo establece una barrera que separaba un estamento cultural del otro, sino que, por otra parte, debió “preservar” por largos siglos las características y valores de la forma más radical posible. La literatura, aún cuando tenía al indio como tema de reivindicación, era un producto de consumo de las clases ilustradas. Esto había pasado, según Rama, con el Memorial de Las Casas, Siripo de Albarden, Tabaré de Zorrilla de San Martín y Huasipungo de Jorge Icaza. Pero el hecho de que el estamento ilustrado ignorase doblemente (como productor y como consumidor) al estamento popular, no significaba que estuviese muerto.

El mismo Mariátegui creía que lo único que sobrevivía del Tawantinsuyu era el indio como cuerpo biológico, ya que la civilización había perecido.

Por otro lado, como síntoma y fenómeno nuevo del siglo XX, la reivindicación junto con el ascenso de las clases pertenecientes al estamento no ilustrado, encontró formulaciones que al invertir los valores dominantes se encontraron en un extremo igualmente inverosímil de interpretación. Según Rama, las nuevas reinterpretaciones del pasado incluía la imposición de “un nuevo mito que quedó definido en el título de un libro famoso, El imperio socialista de los

incas, pero que fue un lugar común del pensamiento político socialista, que vio en la supervivencia del ‘ayllu’ la llave para conectar las estructuras económicas arcaicas con las más modernas en un abrir y cerrar de ojos transitando milenios”.

Podemos pensar que el mismo proceso del humanismo europeo —que revalorizó la cultura popular en Europa y reivindicó la universalidad del individuo como igual y libre aunque deformado por las sociedades verticales compuestas por castas o estamentos y regidas por el prestigio de la autoridad— provocó en la América Latina del siglo XX una reacción contra las clases dominantes, visualizada principalmente por la ideología contestataria del socialismo.

El liberalismo del siglo XIX se continuó “naturalmente” en un pensamiento más radical que luego fue identificado con su contrario: el marxismo. Esta nueva filosofía europea, aunque de una formulación compleja y sólo accesible en su plenitud a los nuevos intelectuales, se acercó a las masas no-letradas del continente y de allí recibió la influencia de una tradición que nunca había muerto sino sólo se había transformado bajo las sombras eternas que proyectaba la cultura ilustrada, principalmente europeísta. Así, al mismo tiempo que los intelectuales se acercaban a un grupo (las emergentes clases bajas) y rechazaban otro (las tradicionales clases oligárquicas), también la cultura popular, oral e iconolástica, disputó a la antigua cultura ilustrada el prestigio del libro. El intelectual se popularizó y el pueblo se intelectualizó.

Así se llega a un fenómeno aparentemente contradictorio en América Latina: los intelectuales comprometidos, casi siempre escritores de izquierda, articularon un discurso racional, el marxismo, al tiempo que se sumergían en un paradigma que lo contradecía: la reivindicación de un mundo mítico, de un regreso al origen antes que un progreso hegeliano de la misma; de un movimiento circular, propio de los mitos, antes que la irreversible linealidad judeocristiana; de la sabiduría de la naturaleza antes que la veneración moderna de la industria; de la emoción antes que de la racionalidad; de la estética y la espiritualización del Cosmos antes que la deshumanización cuantificadora que hoy ya no sufrimos como máquinas productoras sino como máquinas consumidoras.

Es legítima la resistencia ante el tirano

Por José Carlos García Fajardo

No se pueden consentir por más tiempo los abusos de los poderosos. Hoy el tirano que somete el orden natural de los pueblos se escande bajo el mito de los “mercados financieros”. Un tirano



invisible, sin patria y sin bandera. ¿a qué esperamos?”. Orwell

“Si nadie nos

En un mundo que por el prodigio de las comunicaciones se ha hecho abarcable, ya no se pueden escamotear las tropelías cometidas por los poderosos en la ejecución de sus designios de conquista y de dominio.

El auténtico progreso se asienta en la justicia social. Cualquier crecimiento económico, amparado en la fuerza de las armas, el control de las fuentes de riqueza y de sus canales de distribución, será causa de sufrimiento e infelicidad para la inmensa mayoría de la humanidad.

Durante siglos, los Imperios actuaron apoyados en el miedo y en la represión de todo lo que supusiera obstáculo para sus pretensiones hegemónicas apoyadas en un etnocentrismo religioso, cultural o económico. Hoy, la tiranía ideológica del pensamiento único, expresada en la vacuidad de la nueva economía, hizo creer a algunos que “fuera de ésta no había salvación”. Entendiendo por

salvación, no la plenitud personal de los ciudadanos, sino el sometimiento a un modelo de desarrollo impuesto por oscuros poderes.

La política nacional, y aún la que relacionaba a los estados entre sí, fue ignorada por los intereses económicos y financieros que actuaron como corrosivos amparados en el miedo a lo desconocido.

El poder del llamado Segundo Mundo, cuyo eje se situaba en Moscú y en sus epígonos del socialismo real, sirvió de pretexto para justificar una carrera armamentista como pilar del modelo de desarrollo occidental propuesto como paradigma universal. El miedo fue factor de integración política ya que no social.

Después de la desintegración de la URSS, y desaparecidos los focos comunistas que sirvieron para tratar de justificar dictaduras atroces en Latinoamérica, África y Asia, se hizo necesario crear nuevos fantasmas para alancearlos en nombre del orden establecido que exigía súbditos en lugar de ciudadanos. **No es posible que todo esté perdido, no es posible que prevalezca la fuerza bruta sobre la razón y la cordura, no es posible que las conquistas de una humanidad en marcha queden a los pies de los caballos de fanáticos que pretenden monopolizar el orden natural de los pueblos.**

Más de 40 conflictos, que produjeron millones de víctimas civiles, se han sucedido después de la Segunda Guerra mundial y actualmente existen más de treinta de los que sólo tres pueden calificarse de internacionales: Palestina-Israel, Irak y la guerra en Afganistán.

Ante nuestros ojos se suceden bombardeos y razias cuyo paradigma son los “asesinatos selectivos” en Palestina y el exterminio de poblaciones civiles en Oriente Medio y Asia Central con el único objeto de garantizar el control de las reservas de recursos energéticos por parte de las potencias que actúan bajo el oligopolio de esa oscura plutocracia.

La osadía ha llegado a extremos inverosímiles. Se han conculcado los derechos fundamentales, la seguridad jurídica, las libertades y la

soberanía de los pueblos pretextando una falsa guerra ideológica cuando sólo se trata de una política de conquista y de dominio.

Caído en ridículo el “fin de la historia” y desautorizado el “conflicto de civilizaciones”, se ha levantado el espantajo del terrorismo universal como emanado de una mente diabólica. Pretenden personalizarlo en Bin Laden, o en los dirigentes de Irak, Libia, Somalia o Sudán. Se siente el dolor de la deshumanización y de la pérdida de referencias al haberse suprimido las reglas del juego internacional y social.

Un enorme malestar recorre un mundo asfixiado en la miseria, la explotación y el desarraigo, pues pretenden arrancarles hasta sus señas de identidad con el pretexto de no estar desarrollados, ni civilizados ni someterse a los designios de su poder. Pero con los pies de barro porque se apoya en la industria de la guerra y en una producción desenfrenada que exige destrozar las economías de los pueblos empobrecidos para asegurarse sus recursos y acudir cínicamente, después, con programas de reconstrucción y desarrollo.

Se dice impunemente que la primera víctima de una guerra es la verdad. Para ello se ha establecido el control de los medios de comunicación mediante la intoxicación y el chantaje. La mayor parte de la humanidad recibe una información sesgada, cuando no manifiestamente falsa. Se hace creer que las guerras son inevitables, siempre en respuesta a agresiones del enemigo que se han inventado y que, las más de las veces, no es sino la expresión del grito de los oprimidos que no aciertan a emigrar en masa hacia las tierras de sus vampirizadores.

La guerra manifiesta una falta de imaginación incapaz de aportar alternativas apoyadas en la justicia, libertad y solidaridad. No es posible que todo esté perdido, no es posible que prevalezca la fuerza bruta sobre la razón y la cordura, no es posible que las conquistas de una humanidad en marcha queden a los pies de los caballos de fanáticos que pretenden monopolizar el orden natural de los pueblos.

Porque ahora sí que corremos peligro de que la catástrofe no

alumbre un orden nuevo sino que destruya las legítimas esperanzas de la humanidad. Porque siempre será legítima la rebelión contra el tirano, aunque este se oculte bajo el tabú de los “mercados financieros”.

J.C. GARCIA FAJARDO. Profesor Emérito de la Universidad Complutense de Madrid (UCM).
Director del CCS